

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

La fe 3

Hans Urs von Balthasar 5 **Testimonio y Credibilidad**

Lucio Florio 13 **La fe como camino
trinitario**

Alberto Espezel 27 **Cristo, centro de la fe**

Avery Dulles 33 **La dimensión eclesial
de la fe**

M. Cándida María Cymbalista 49 **Fe y oración cristiana**

Lucía Piossek Prebisch 61 **Marcel a través de
su teatro**

Jean-Pierre Batut 77 **Sobre un libro de
Albert Camus
recientemente hallado**

Karl Lehmann y 87 **Testimonios**
Hans Maier

Sobre un libro de Albert Camus recientemente hallado

por Jean-Pierre Batut*

*Y en cuanto tú no tienen esto,
Esto: ¡nuevo y transformante!
Tú eres sólo un huésped opaco
En la oscura tierra.*

Goethe, *Tranquilas nostalgias*

*Fin. Lleva a su hijo a Saint-Brieuc. Sobre la pequeña
plaza, plantados uno frente al otro.
¿Cómo vives tú?, dice el hijo.
¿Qué? Sí, quien eres tú, etc.
(Feliz) sintió en torno la sombra de la muerte.*

A. Camus, *El primer hombre*

“Intente decir, como si Ud. fuera el primer hombre, lo que Ud. ve, lo que Ud. vive, ama, pierde.” Nadie sabrá nunca si el consejo de Rilke a su joven poeta estaba presente en la memoria de Albert Camus cuando él trabajaba en 1960 en su última gran novela, antes del accidente de automóvil que debía costarle la vida. Se debe agradecer a Catherine Camus y a las ediciones Gallimard el entregarnos tal cual se presenta ese manuscrito definitivamente inacabado, redactado de un primer impulso, sin puntuación, con lagunas y repeticiones. El escritor se entrega en él como nunca lo había hecho, y nos descubre a la vez la búsqueda siempre insaciada que se extendía a lo largo de toda su obra.¹

“Honra a tu padre y a tu madre”, es el primer mandamiento al que se vincula una promesa: *“para que te encuentres bien y goces de una larga vida sobre la tierra”* (Ef. 6, 2-3; cf. Ex. 20, 12). En la cuarta palabra del Decálogo, la referencia al origen humano remite, más allá, al origen divino del que ha sido cuestión en los tres mandamientos precedentes. Si yo no honro a mi padre y a mi madre que veo, no puedo

*Jean-Pierre Batut, nacido en 1954. Ordenado sacerdote en 1984 en la diócesis de París. Profesor de teología dogmática en el Seminario diocesano y vicario parroquial.

¹ Alberto Camus, *Le Premier Homme*: Cahiers Albert Camus, N° 7, Gallimard 1994. Las páginas de la obra se citan entre paréntesis. Existe edición en castellano.

honrar al Dios que no veo. Hacia abajo ese mandamiento abre la segunda tabla, aquella de que está escrito: *"el que no ama a su hermano al que ve, no podría amar a Dios al que no ve"* (1 Jn. 4, 20). La entrada en la Tierra prometida está así condicionada a la manera de relacionarse con el origen de la vida: ella es atestiguada, no por el éxito humano visible y mensurable con ayuda de los criterios de este mundo, sino por la capacidad de construir su vida con referencia a los valores recibidos y en la confianza en un porvenir que nos ha sido encomendado.

La metamorfosis de Meursault

Albert Camus empieza su obra con un primer capítulo sin título. Se describe en él este extraño encabezamiento: "Intercesor: Vda. de Camus"², luego una dedicatoria: *"A ti que no podrás leer mucho este libro"*, viene luego el relato del nacimiento de Jacques Cormery, doble del autor en la novela —porque el relato comienza como una novela. El narrador, que confesará más tarde no haber podido obtener de su madre ningún detalle preciso sobre su nacimiento y sobre el período anterior a su vida consciente³, reconstruye sus peripecias. Distinto es el tono del capítulo siguiente, titulado "Saint-Brieuc". Han pasado cuarenta años, y allí empieza un largo y doloroso interrogatorio (Camus, nacido en 1913 como su héroe, ha muerto a los cuarenta y siete años en 1960). Siendo hombre maduro va en peregrinación a la tumba de su padre. Lo hace para responder al pedido de su madre, que por su parte nunca ha dejado Argelia, pero, que por razones oscuras, quiere que su hijo haga ese acto.

El Meursault de *El Extranjero* parecía indiferente a la muerte de su madre. Frente a la tumba de su padre, Albert Camus, alias Jacques Cormery, tiene algo de esa indiferencia del "mal hijo", pero en ella se

² Cf. p. 189, a propósito de su madre, que encuentra aquí, por inadvertencia, su nombre verdadero: "... Un vecino... le había enseñado a copiar el modelo de su firma Vda. de Camus que ella lograba más o menos bien pero que era aceptada".

³ "El hubiera querido que ella se apasionara para describirle la vida de un hombre muerto hacía cuarenta años (...) Ella no lo podía. Ni aún estaba seguro de que ella hubiera amado apasionadamente a ese hombre, ante ella mudo y débil a su modo, en el fondo no quería saber aún lo que había habido entre ellos, y era necesario renunciar a enterarse de algo por ella" (p. 79). Este pasaje está seguido inmediatamente de un relato que ya se encuentra en forma abreviada en el capítulo 5 de la segunda parte de "El extranjero". Una de las únicas cosas que la madre de Meursault le había referido sobre su padre era que un día "él había ido a ver ejecutar un asesino", y que ese espectáculo lo había enfermado. En la soledad de su prisión, Meursault recuerda ese relato porque él mismo ha llegado a ser el asesino que va a ser ejecutado. Ahora, en *El Primer Hombre*, el narrador es perseguido "durante toda su vida" por una pesadilla en la que él se ve en el lugar del condenado al que se viene a buscar para ejecutarlo (p. 81). Se trataba, afirma, de "la misma angustia que había trastornado a su padre y que éste le había legado como única herencia evidente y cierta. Pero era un vínculo misterioso que lo ligaba al muerto desconocido de Saint-Brieuc" (ibid.).

expresa, es decir asumida: “*en cuanto a su padre, no podría intentarse una piedad que no tenía*” (p. 28). A pesar de algunos detalles del relato que invitarían a aproximar las dos situaciones, la falta de sentimientos de Jacques no tiene nada del aspecto chocante de la apatía de Meursault⁴. Mientras que Marengo era el lugar donde empezaba a aparecer la “rareza” de Meursault, Saint-Brieuc va a llegar a ser el lugar de una toma de conciencia y de una convergencia de las figuras de la paternidad. Aún el maestro hace allí una aparición discreta, él cuyo personaje se ha situado en la conciencia del niño, “cerca del padre” hasta el punto de ocupar “*casi todo su lugar*” (p. 203). Ese sustituto del padre es en efecto la ocasión inmediata de la peregrinación a su tumba:

“Puesto que su viejo maestro se había retirado a Saint-Brieuc y que encontraba así la ocasión de volver a verlo, se había decidido a visitar a ese muerto desconocido y aún había resuelto hacerlo antes de encontrar a su viejo amigo para sentirse luego completamente libre” (págs. 28-29).

Tendremos ocasión de volver sobre la figura del maestro. Detengámonos por el momento en el acontecimiento singular que se produce en el cementerio y que va a hacer salir a Jacques de su indiferencia.

El guardián acaba de decir “yo lo dejo” como el conserje del asilo había dicho a Meursault “voy a dejarlo solo”. Jacques mira “distraídamente” la piedra tumbal: “*sí, era en verdad su nombre*”. Después se pone a soñar, y cuando un ruido lo arranca finalmente de su ensueño, mira de nuevo la tumba y lee en ella las dos fechas “1885-1914”. Haciendo “un cálculo maquinal” descubre que aquél que allí yace tenía veintinueve años de edad.

“De repente lo impresionó una idea que lo conmovió hasta en su cuerpo. El tenía cuarenta años. El hombre enterrado bajo esa losa, que había sido su padre, era más joven que él” (p. 29).

Allí, en ese descubrimiento, Jacques se percibió a sí mismo como “el primer hombre” el que sube sin poder descender, el que debe renunciar a encontrarse a sí mismo como recibándose de los que lo han precedido. La emoción que lo oprime entonces proviene de esta evidencia única:

“La ola de ternura y de piedad que de golpe le llenó el corazón no era el impulso del alma que lleva al hijo al recuerdo de un padre desaparecido, sino la compasión trastornada que un hombre hecho siente

⁴ La presencia del guardián del cementerio hace pensar en el encuentro entre Meursault y el portero del asilo en que había internado a su madre. El guardián y el portero son testigos del comportamiento de un hijo ante la muerte de uno de sus padres. Pero, mientras que el portero de *El Extranjero* debe hacerse violencia para decir “comprendo” después de la negativa de Meursault a ver por última vez el rostro de su madre muerta, en *El Primer Hombre*, es Jacques mismo quien dice con un tono muy natural: “*Yo sólo tenía un año cuando el murió. Entonces Ud. comprende*”.

ante un muchacho injustamente asesinado... Miró las otras lápidas del sector y reconoció en las fechas que ese suelo estaba sembrado de muchachos que habían sido los padres de hombres canosos que creían vivir en ese momento" (pág. 30).

"Que creían vivir": ciertamente es la fe en su propia vida, que a raíz de ese descubrimiento, se pulveriza bruscamente en Jacques Cormery. Lo que ha creído edificar por sus propias fuerzas le es retirado de golpe. Todo el orden del mundo es trastornado aquí para siempre. Ese "padre menor", ese hombre más joven que él y al que nunca ha conocido, ha podido engendrarlo a su vida biológica: nunca ha podido engendrarlo a su vida adulta; menos aún podrá engendrarlo a su vejez y a su muerte.

La verdad de un hombre

Hay en ello una verdad primordial, más fundamental que la del absurdo, de la que el *Mito de Sísifo* hacía sin embargo, no una verdad entre otras, sino "*la primera de mis verdades*". Camus no se ocupa de los enternecimientos fáciles, como una investigación "proustiana" que procurará trascender la fuga del tiempo: "*el tiempo perdido sólo vuelve a encontrarse entre los ricos. Para los pobres sólo marca las huellas vagas del camino de la muerte*"; y "*para soportarlo bien, no hay que recordarlo demasiado*" (p. 79). A propósito del absurdo, Emmanuel Mounier aludía a la analogía de la conciencia cartesiana de sí: nos invitaba a ver en él "*el residuo de toda reflexión, el cogito de este mundo roto, mi único vínculo con él, mi único principio de acción, la única luz cierta sobre mi condición*"⁵. Pero si realmente ello es así, "*no hay otra salida que ese estrecho cuello de botella, toda verdad que llegue a mí, me vendrá por ese canal, es inútil querer evitarlo: estoy fijado en él*"⁶.

Parece en verdad que estamos aquí frente a una clave de la lectura de toda la obra de Albert Camus. La palabra última no es ni el absurdo, ni la rebelión, sino un encuentro que ha sido hecho imposible por una muralla de silencio. Un Meursault, un Clamence —cuyo nombre evoca el participio presente de un verbo latino— no eran sino proyecciones que, en el punto de partida y en el punto de llegada de la producción literaria de Camus, intentaban ambas decir la imposibilidad de expresar lo esencial y al mismo tiempo la imposibilidad de callarse: "*yo no estaba en nada de lo que he dicho ni escrito*", confiesa Camus (p. 299). Ya sabe, en realidad, que nunca estará en ello. El mismo libro en que intenta decidirse "*debe quedar inacabado*" (p. 288), como la nove-

⁵ Emmanuel Mounier "Albert Camus, l'appel des humiliés" en *Malraux, Camus, Sartre, Bernanos - l'espoir des désespérés*, Paris, Seuil, 1953.

⁶ Ibidem.

la de Grant en *La Peste*. Así será efectivamente, como si el destino del autor viniera a corroborar su toma de conciencia. Pero sin duda la falta de conclusión impuesta es más rica de enseñanzas que una falta de conclusión calculada. No hay duda que Camus, si hubiera vivido, habría cambiado de parecer frente a sus propias audacias, y hubiera renunciado finalmente a entregar a los lectores una buena parte de ellas. A este respecto, las hojas no redactadas que prolongan el texto interrumpido son quizá, a pesar de su carácter sibilino, las que nos resultan más instructivas.

El descubrimiento de Jacques Cormery es que el secreto de su vida, se encuentra allí, como el tesoro escondido en el campo.

“Lo que había procurado ávidamente saber a través de los libros y de los seres, le parecía ahora que ese secreto estaba ligado con ese muerto, con ese padre menor (...) y que él mismo había buscado en la lejanía lo que estaba cerca de él en el tiempo y en la sangre” (pág. 31).

Llegamos a ser testigos de uno de esos raros momentos en que un hombre maduro hundido en el parecer se atreve a confesar que él no sabe nada y cesa por un instante de esculpir su propia estatua:

“No era más que ese corazón angustiado, ávido de vivir, rebelado contra el orden mortal del mundo que lo había acompañado durante cuarenta años y que palpitaba siempre con la misma fuerza contra el muro que lo separaba del secreto de toda vida, queriendo ir más lejos, más allá y saber, saber antes de morir, saber en fin para ser, una única vez, un único segundo, pero para siempre” (pág. 31).

Lo que ha faltado a Jacques en el camino de ese descubrimiento se llega a entrever en el capítulo siguiente, donde se puede leer al margen del título esta nota reveladora “*capítulo a escribir y a suprimir*” (p. 33). Encontramos allí a Malan, otro doble de Camus, cuyos avatares son numerosos en su obra, y que se destaca en el arte de contarse a sí mismo aparentando hablar de otras personas⁷. Termina sus palabras por una confesión: “*hay en mí un vacío espantoso, una indiferencia que me hace mal*” (p. 40). Una nota marginal nos revela qué Jacques debía responderle o pensar al separarse de él:⁸

“No he intentado encontrar por mí mismo, desde el principio, en plena infancia, lo que estaba bien y lo que estaba mal —ya que nadie a mi alrededor podía decírmelo—. Y luego reconozco ahora que todo me abandona, que necesito de alguien que me muestre la vía y me dis-cierna censura o alabanza, no según el poder sino según la autoridad, tengo necesidad de mi padre” (p. 40).

⁷ Cada vez que Malan empezaba por “he conocido un hombre que... o un amigo... o un inglés que viajaba conmigo...”, se tenía la seguridad de que se trataba de él mismo.” (p. 35).

⁸ A menos que Camus haya elegido finalmente atribuir esta reflexión a Malan.

Autoridad, poder, saber

Autoridad y poder se responden y se oponen. Este no es sino la caricatura perversa de aquélla. Habiéndole faltado una, Jacques sólo ha sabido vivir por el otro. No ha podido ser engendrado hasta el fin de su propia verdad así como en el discernimiento entre el bien y el mal: *“a los cuarenta años reconoce que tiene necesidad de alguien que le muestre el camino y le discierna censura o alabanza: un padre. La autoridad y no el poder”* (p. 288). Sin embargo, alguien había podido desempeñar ese papel, y lo ha desempeñado en gran medida: el maestro Germain, alias el señor Bernard⁹, a quien Jacques venía a buscar a Saint-Brieuc y que ha sido la causa instrumental de su visita al cementerio. Frente a su clase, había justificado en otro tiempo su preferencia por Jacques y por aquellos que habían perdido su padre en la guerra: *“Yo he hecho la guerra con sus padres y estoy vivo. Trato de reemplazar aquí al menos a mis camaradas muertos”* (p. 143). El es quien luego de una batalla paciente y obstinada, abrirá para Jacques las puertas del liceo, y por él del saber.

Puertas abiertas sobre un mundo, pero que a la vez cierran otro, separando al niño de los suyos. Porque en el mundo en que ha nacido la comunicación no se hace por lo escrito ni por la palabra. Las dos figuras paternas del *Primer Hombre* son tan silenciosas una como otra: al silencio del padre muerto corresponde el silencio de una madre que nunca ha sabido ni hablar, ni escribir. De este modo el lenguaje y la escritura son percibidos a la vez como un recurso indispensable y como una traición fatal. Recurso indispensable, porque la quimera de *“librarse de toda preocupación por el arte y la forma”*, de *“volver a encontrar el contacto directo, sin intermediario, y por tanto la inocencia”* (p. 298), sólo podría tomado al pie de la letra llevar al enclaustramiento y a la negativa de avanzar en la existencia. Pero también a la traición, puesto que cada palabra pronunciada y cada línea escrita apartan más al escritor de una madre que nunca ha sabido ni querido expresarse. Cuando el joven Cormery empieza a frecuentar el liceo y a sumergirse *“con una loca avidez”* en la lectura de los libros de la biblioteca municipal, la entrada en ese universo y en las promesas que él encierra comienza a edificar entre su madre y él un muro infranqueable *“lo que Jacques trata del liceo era inasimilable, y crecía el silencio entre su familia y él”* (p. 186).

⁹ A él dedica Camus el *Discurso de Suecia*. Ver también las dos cartas conmovedoras anexas al *Primer Hombre*: *“Se acaba de hacerme un honor demasiado grande, que no he ni buscado ni solicitado. Pero cuando he sabido la noticia, mi primer pensamiento, después de mi madre, ha sido por Ud.”* (carta del 19 de noviembre de 1957, p. 327). Sin duda, si la novela hubiera podido ser llevada a buen fin, la figura paternal de Granier se habría agregado a la de Louis Germain (cf. p. 392).

Cuando el muchacho leía, su madre “se inclinaba por encima de su hombro. Miraba al doble rectángulo bajo la luz, el ordenamiento regular de las líneas; también respiraba el olor del libro, y a veces pasaba sobre las páginas sus dedos entumecidos y arrugados por el agua de muchas coladas, como si ella intentara saber mejor lo que es un libro, aproximarse un poco más a esos signos misteriosos, incomprendibles para ella, pero en los que su hijo encontraba tan a menudo y durante horas una vida desconocida para ella y de donde volvía con esa mirada que posaba sobre ella como sobre una extraña” (p. 229).

Génesis de un monstruo

Esa separación de la “vida ignorante”, y el sentido de falta que ella engendra, conducen a una confesión asombrosa: Jacques Cormery es un monstruo. Lo es a sus propios ojos como Meursault lo era a los ojos de la sociedad, y esta monstruosidad es constitutiva de su ser: “desde el principio debería señalar más el monstruo en Jacques” (p. 25). Ese carácter monstruoso tiene su génesis en el inexorable proceso de separación puesto en marcha por el acceso de Jacques al mundo del saber. A medida que aumenta la presencia del niño en el mundo y en la vida, se profundiza el abismo que lo separa de los suyos.

Parece que a partir de esto, en la tercera parte, había debido empeñarse en un proceso de justificación y de anamnesis infinitamente solemne y laborioso¹⁰, una empresa grandilocuente, y un poco irrisoria a la manera de la primera página de las *Confesiones*, pero con la presencia en contrapunto de una figura a la vez acusadora y redentora, la de su madre:

“Quiero escribir aquí la historia de una pareja ligada por una misma sangre y todas las diferencias. Ella se asemeja a lo que la tierra produce de mejor, y él es tranquilamente monstruoso. El, arrojado en las locuras de nuestra historia; ella atraviesa la misma historia como si ella fuera de todo tiempo. Ella, silenciosa casi siempre y disponiendo apenas de algunas palabras para expresarse; él, hablando sin cesar e incapaz de encontrar entre miles de palabras lo que ella podía decir con uno solo de sus silencios... La madre y el hijo” (p. 308).

¿Qué es lo que exactamente los separa? Una primera respuesta sería decir: la cultura. Jacques ha entrado en otro universo, al que no tienen acceso los suyos. En adelante, él es el que sabe. Pero el objeto de ese saber no es simplemente cultural: es la verdad a secas. Ahora bien, “no se puede vivir con la verdad —sabiendo—, el que lo hace se separa de los otros hombres, no puede compartir nada de su ilusión. Es un monstruo y eso es lo que yo soy” (p. 284).

¹⁰ Ver ya p. 300: “Voy a contar la historia de un monstruo. La historia que voy a contar...”

La figura cristológica de la verdad

La verdad a la que Jacques ha tenido acceso, no es sin embargo la única, o más exactamente se adivina que está gravada por una doble insuficiencia: por una parte, ella no es total, sino parcial; por otra parte, y sobre todo, el poseerla tiene por efecto hacer imposible la adquisición del complemento que sigue faltándole. Vemos reaparecer aquí, frente a la madre, bajo una nueva forma de antagonismo irreductible entre autoridad y poder. La verdad a que Jacques ha podido acceder lo ha separado de la verdad cuyo secreto conserva aún su madre. En su *Docta ignorantia*, en pleno centro del ruido y del furor del mundo, ella personifica una dimensión de la verdad que, porque es muda, no puede sino ser traicionada por las palabras: "*Los mudos. Eran y serán más grandes que yo*" (p. 293).

Desembocamos aquí en una perspectiva casi cristológica: dueña de un saber que nace de su misma ignorancia, la madre se transforma en figura. Camus mismo nos invita a esa transición. "*Mamá: ignorante como un Muichkine. No conocía la vida de Cristo sino en la cruz. ¿Y quién sin embargo está más cerca de ella?*" (p. 295). La verdad a que el hijo ha alcanzado pertenecía en definitiva al orden del poder sobre los seres y sobre las cosas; aquella de que su madre es testigo mudo es del orden de la paciencia, es decir de la pasión. Y frente a la pasión el poder debe venir a humillarse.

"El había sido el rey de la vida, coronado de dotes brillantes de deseos, de fuerza, de alegría y de todo eso venía a pedirle perdón a ella, que había sido la esclava sumisa de los días y de la vida, que no sabía nada, no había deseado nada ni se había atrevido a desear y que sin embargo había guardado intacta una verdad que el había perdido y que es lo único que justificaba que se viva... Oh madre, oh tierra niña querida, más grande que mi tiempo, más grande que la historia que te sometía a ella, más verdadera que todo lo que yo he amado en este mundo, oh madre perdona a tu hijo haber huido de la noche de tu verdad" (p. 273).

Poder y pasión se han confrontado y afrontado. Ni el hombre absurdo ni el hombre rebelado eran en definitiva la verdad del escritor:

"La verdad es que, a pesar de todo mi amor, yo no había podido vivir al nivel de esa paciencia ciega, sin frases, sin proyectos. Yo no había podido vivir de su vida ignorante. Y yo había corrido el mundo, edificado, creado, quemado los seres: (p. 304).

Frente a su madre que "sabe lo que ha visto" (p. 305), el escritor ha intentado ver lo que sabía, y por ello no ha dejado de escribir. La ruptura consiste en el descubrimiento de que la verdad de su vida, buscada tan lejos, estaba en otra parte. Estaba "*allí en esa pieza*" (p. 304) como aparecía ya misteriosamente presente en la trivial inscripción mortuoria del cementerio de Saint-Brieuc. Ella interrogaba al

hombre sobre su modo de relacionarse con el cuarto mandamiento como con un cruce de caminos, donde se anudarían juntamente su relación con los otros hombres y su relación con Dios.

“Regio dissimilitudinis”

Nacido en la tierra de Agustín, Camus parece hacer eco a través de los siglos de la meditación del obispo de Hipona sobre el destierro y el reino, a pesar de las afirmaciones de principio de la obra del mismo nombre, que se presentaba como una inversión de todos los valores cristianos. En el *Primer hombre* la patria argelina no es verdaderamente un país. El país verdadero está en otra parte. Pero es desconocido, inaccesible, relegado al sueño. El padre se encuentra en él, pero sólo lo ha encontrado para morir allí: “*Cuando mi padre fue llamado bajo banderas, nunca había visto Francia. La vio y fue muerto*” (p. 278). En cuanto a Argelia, ella es el país del olvido, de la pobreza, del anonimato, en fin: país de “*hijos hallados y perdidos que construyan ciudades fugitivas para morir definitivamente en sí mismos y en los otros*” (p. 179). Del mismo modo como la madre encarna en definitiva a Cristo, Argelia llega a confundirse con la situación espiritual en que el Verbo Dios desciende para reunirse con los hombres: tierra en la que nadie todavía es llamado por su nombre.

“Tierra de olvido donde cada uno era el primer hombre, en la que él mismo había debido educarse solo, sin padre, no habiendo conocido nunca esos momentos en que el padre llama al hijo de quien ha esperado que tenga la edad de escuchar... Y él había tenido diez y seis y luego veinte años y nadie le había hablado y había debido aprender solo, crecer solo en fuerza, en poder, encontrar solo su verdad y su moral, aprender a hacer en fin como hombre para nacer enseguida de nuevo de un nacimiento más duro, el que consiste en nacer para los otros, para las mujeres, como todos los hombres nacidos en ese país que, uno a uno, intentaban aprender a vivir sin raíces y sin fe y que todos juntos hoy —cuando corrían el riesgo del anonimato definitivo y la pérdida de las únicas huellas sagradas de su paso por esa tierra, las lápidas ilegibles que la noche había cubierto ahora en el cementerio— debían aprender a nacer para los otros, para el inmenso cortejo de los conquistadores ahora desposeídos que los habían precedido en esa tierra y de quienes debían reconocer ahora su fraternidad de raza y destino” (p. 181).

Al fin de esa meditación caótica y sublime a la que Jacques se entrega en el avión¹¹, que lo trae de vuelta a Argel, como sobre un pro-

¹¹ En la obra, el avión es como el símbolo de la distancia que debe tomarse al dejar a padre y madre para encontrarse a sí mismo, estructurar su universo, objetivar su destino. “*El cielo desierto resonó con una brusca detonación. Un avión invisible acababa de superar la barrera del sonido. Volviendo la espalda a la tumba, Jacques Cormery aban-*

monitorio que permitiera al fin al caminante tomar la medida del paisaje que lo rodea, el drama de Argelia de los años 50 está también integrado en la búsqueda. Cuando el primer hombre corre el riesgo de verse expulsado aún de su tierra de exilio, su único "en casa"¹², la única perspectiva que le queda es recibir como hermanos a los que lo han precedido en la tierra de su exilio, sin que pueda responder a la pregunta de la mediación que podría hacer posible tal metamorfosis. Lo que es seguro es que "su verdadera patria" está allí y no en ninguna otra parte. Pero lo que lo devuelve a ella es "la muerte" (p. 182).

¿Cómo podría concluir la empresa de otro modo que por la perspectiva de una pascua? ¿Cómo podrá realizarse ese paso sin un arranque que sería un nuevo nacimiento? ¿Cómo podría suceder ese nacimiento, como no fuera por una gracia? En la revelación bíblica, el primer hombre no es *ex nihilo*. Más bien es *ex Deo*, y esta afirmación del origen nos da ya la clave de la revelación, vista como una salida y como un entorno. Pero sólo Aquel, que venido de Dios y volviendo a El (Jn. 13, 3) es el Primero y el Último (Ap. 21, 13), puede colmar al hombre abriéndole el camino. Este, a quien se decía hijo de José, nos es presentado por Lucas en su genealogía (Lc. 3, 23-38) como el que liga paso a paso el fin al origen. De los hijos de Adán, y de Adán mismo, el *último hombre*, el hombre del fin, el Eschatos Adán, conforma a los hijos de Dios. Lo que nos muestra la búsqueda de Albert Camus una vez más, y de una manera dolorosa, es que fuera del cumplimiento en Cristo, camino hacia el Padre, sólo vale en definitiva la implacable comprobación: "*somos extranjeros en el mundo, provenimos del país de las sombras*".¹³

donó a su padre" (p. 32). *Oponer a la madre el universo (el avión, los países más alejados unidos juntos)*". Cf. también p. 292 esta expresión extraña: "*Cristo no ha aterrizado en Argelia*".

¹² Cf. p. 76: "*Ven conmigo a Francia*", dijo el hijo a su madre. "*¡Oh! no, allí hace frío. Ahora soy demasiado vieja. Quiero quedarme en casa*".

¹³ J. Roth, *La Fuite sans fin*, tr. fr. Gallimard 1959, capítulo 30.